

## II.

¿Qué hacer pues para fijar el nuestro con oportunidad y precisión? ¿Cómo establecer las basas que han de servir de apoyo á la crítica para calificar un establecimiento literario? Determinar su carácter propio, fijar con exactitud el objeto que se propone, subir al origen y atender al fin de su institucion; pues como ya se ha dicho, seria el colmo de la arrogancia pretender encerrarlo todo en un establecimiento particular.

El colegio que tengo el honor de presidir tiene una particular filiacion que le distingue notablemente de los otros; y como su mismo nombre lo indica, pertenece al número de esos plantales de saber y de virtud, que el santo concilio de Trento mandó establecer en todos los obispados, con el fin de proporcionar dignos ministros á la Iglesia. Es, pues, un seminario de sacerdotes, una escuela eclesiástica, y con esto está di-

cho cuál ha de ser su economía, y á dónde conviene que se encaminen el pensamiento y la accion de todos sus regentes. La Iglesia, lo mismo que el Estado, tiene sus casas de educacion, porque la Iglesia, lo mismo que el Estado, ha menester de formar anticipadamente el espíritu y el carácter de aquellos hombres que deben echar sobre sí el gobierno de los fieles y la direccion de los ciudadanos. Pero cada institucion se reviste, digámoslo así, de los caratères propios de la autoridada que la establece, y en sus principios, en su medio y en su fin, deben anunciar aquellos puntos de contacto y de separacion que entre sí tienen las sociedades respectivas á que pertenecen. Cada una tiene una línea de demaracion que está obligada á respetar, bajo la pena de perder su naturaleza; línea que puede tirar cualquiera, con solo indagar el espíritu de cada institucion y descubrir el gran principio cuyo práctico desarrollo debe formar el sistema de su economía. Partiendo de estas ideas, fácil es reconocer, que para que un seminario sea lo que su objeto pide, que es el de formar ministros de la Iglesia, necesita un principio que comprenda á todo el hombre y abraze todos los elementos indispensables de su perfeccion; un principio, que sin la universalidad del católico, el qual reúne todos

los objetos, todos los estados y todas las instituciones, sea hijo suyo, sea el mismo en una particular aplicacion, y tenga aquella generalidad que demanda el más alto ministerio que se comprende, ese ministerio colocado entre el poder de Dios y toda la humanidad, el ministerio del Sacerdocio: un principio, por último, que en el orden especulativo comprenda todo el pensamiento, y que en el orden práctico domine toda la accion. Este principio es el que llamamos *teológico*, expresion que podrá no ser enteramente exacta, pero que sí facilita todas las aplicaciones y remueve todos los inconvenientes. No le llamamos *católico* por lo que ya se ha dicho, aunque fácilmente convendremos en que sea el mismo católico en una aplicacion particular: no le llamamos *religioso*, porque llegaríamos á confundirle, en la generalidad de la idea, hasta con el paganismo y el deismo: meaos hemos querido llamarle *filosófico*, porque la filosofía verdadera es hija, y no madre de tal principio, y la falsa le excluye totalmente del espíritu de su doctrina.

Mas al oirme partir del *principio teológico* para fundar el sistema general de nuestras ideas en orden á la enseñanza y educacion pública, algunos poco versados tal vez en la historia de la fi-

losofía del presente siglo, desprovistos de noticias sobre el número y carácter de las nuevas escue'as que se han organizado en Europa para disputarse el imperio de todas las convicciones, es fácil que, dando á la cuestion que trato, un carácter diverso del que tiene, me atribuyan el designio de cerrar este colegio á los jóvenes que no sigan la carrera eclesiásrica, de reducir el número de los estudios preparatorios, y de ceñir á la Teología el curso de los estudios mayores. Verdad es que no pretendemos tener en el seminario una escuela universal: ni lo es ni puede serlo: tiene un objeto propio, y esto basta para comprender que debe hallarse circunscrito á límites determinados. Colocarle en la línea de la felicidad y comprender en él todo y solo cuanto á su fin pueda referirse, darle aquellos anmentos y aquel ornato científico y social que no sea capaz de alterar sus condiciones esenciales: hé aquí, señores, lo que pensamos sobre este punto, lo que nos propusimos fundar con el desarrollo que dimos á las tres verdades preliminares; pero lo que basta preparar, así en el orden filosófico, como en el orden moral, á la juventud para todas las carreras, profesiones y empleos que pueda seguir, abrazar ù obtener en la sociedad, lo que excede con mucho los términos de vues-

tros deseos, y lo que coronaría dignamente las esperanzas de la Iglesia y de la patria.

No serán es verdad nuestros colegios la escuela del ingeniero, la academia del artista, el anfiteatro del médico, ni un instituto enciclopédico; pero sí será la enseñanza del sacerdote, la escuela del jurisconsulto y la educación de todos los hombres que consideren la moral como la primera condicion y el primer título de lustre, provecho, garantías y ventajas para la sociedad. No, señores, si oponemos una resistencia vigorosa á la introduccion de cualquiera ramo capaz de alterar la condicion propia de nuestros colegios eclesiásticos; de nada nos hallamos tan lejos, como de pretender menoscabar lo que existe, y limitar la influencia favorable y benéfica que estas instituciones pueden ejercer en favor de los pueblos.

La idea de servir igualmente á la Iglesia con dignos ministros y á la sociedad con ciudadanos instruidos, cultos y virtuosos, ha sido en todos tiempos, y es hoy más principalmente que nunca, una de las necesidades más imperiosas para la Iglesia.

Por otra parte: el verdadero carácter del principio que profesamos, sus naturales consecuencias, sus aplicaciones universales, lejos de inspirar temores á los que miran nuestros seminarios como los más fuertes apoyos del bienestar político y civil de los pueblos, deben dilatar sus esperanzas delante de una perspectiva más inmensa, si así puedo explicarme, pues mal que pase al deísmo y al materia'ismo, el principio teológico es y será siempre el principio universal, el más seguro, el más fecundo, el más influente y progresivo de todos los principios generadores de la ciencia. Se trata, señores, de fijar nuestras ideas, para precaver de este modo el indiscreto proselitismo que buscan con ansiosa solicitud las escuelas filosóficas de nuestro siglo; se trata de volver al buen sentido lo que le toca, de restituir á la experiencia con nuestras más profundas convicciones el violento despojo que le hizo el pasado siglo, y que el presente se resiste aún á devolverle en toda su plenitud.

## III.

Mas, ¿cuál es la inteligencia de este principio? me direis: Este principio preside igualmente al sistema de las ideas y á la marcha de la conducta: es al mismo tiempo especulativo y práctico; bajo el primer aspecto dirige la enseñanza, bajo el segundo gobierna la educacion. En el orden especulativo reúne las verdades reveladas con las verdades naturales, la inteligencia y la fé, la creencia y la persuasion: en el sistema práctico liga tambien constantemente estos dos órdenes, haciendo producir en favor de la felicidad los mejores frutos á la voluntad humana, sostenida por la fuerza divina que Dios comunica en la participacion de los sacramentos y los otros medios espirituales. Es la razon, si quereis, pero la razon ennoblecida y elevada en su glorioso vasallaje á la fé, prodigiosamente fecunda en sus conocimientos, árbitra de recorrer un horizonte más dilatado, pues que se eleva hasta la region

de los misterios y de los dogmas, sin perder uno solo de sus dominios naturales: es la razon, viendo, sin tantas sombras como la incredulidad, á la naturaleza, al hombre, á la sociedad, á Dios, en fin, y sus grandes atributos: es la razon del cristiano, esto es, la inteligencia con el mayor grado de claridad y la más grande suma de poder. Sin desatender uno solo de los conocimientos filosóficos y puramente naturales, el principio teológico refiere, como á su objeto y basa, toda la instruccion al conocimiento de los dogmas en el orden especulativo, y todo el sistema de la conducta á las máximas del Evangelio en el orden de la práctica. Este doble proceder, donde mil talentos superficiales ó corrompidos solo han descubierto limitacion en lo especulativo é insuficiencia en lo práctico, debe considerarse, á mi juicio, bajo el primero de estos aspectos, como una antorcha clarísima que difunde la luz por todos los ramos del saber humano; y bajo el segundo, como la egida más poderosa que la voluntad puede oponer á los embates de las pasiones. Este doble proceder está contenido en el principio teológico; y este principio, que por una parte es y debe ser el tema de los sentimientos conciliares, y por otra la garantía más preciosa y competente de la verdadera virtud, di-

lata los espacios á la inspeccion de la inteligencia, y multiplica los recursos á las nobles miras de la beneficencia y de la humanidad: porque en el órden meramente científico, no es más que la concordia entre la *razon y la fé*, y en el sistema de la conducta viene á ser la marcha segura que debe seguir la *naturaleza* protegida por la *gracia*.

Ya lo habeis visto, este principio abraza todos los elementos de la ciencia, pues comprende la razon y la fé; todos los recursos del poder, pues encierra la naturaleza y la gracia. ¿Qué, pues, podremos oponerle? ¿Cuál de las sectas que hoy dividen la inteligencia, podrá disputarle sus títulos á la conviccion, al respeto y á la gratitud? Sin embargo, este principio tiene un grave inconveniente para someter al siglo, y es el que no reconoce la omnímota independencia y pretendida soberanía de la razon, y hé aquí el *por qué* de esa lucha obstinada que sostienen las escuelas filosóficas contra las escuelas católicas.

## IV.

Entre las muchas escuelas que trabajan hoy por subyugar á la inteligencia humana, pueden distinguirse principalmente tres, así porque ellas son las que tienen más espectabilidad, como porque en su triple programa vienen á refundirse sustancialmente los principios de las otras. Estas son, la escuela *sensualista*, la *ecléctica* y la *teológica*. Estas escuelas han propagado por el mundo tres doctrinas diferentes, que dividiendo las opiniones en órden á los principios de las ciencias, al método de los estudios, á las reglas de la conducta pública y privada, y aun al mérito relativo de las instituciones políticas, han producido un desavenimiento general, y puesto en duda la importancia de todos los establecimientos consagrados á la direccion literaria y moral de la juventud.